

media para apretar el gatillo contra su sien.

—¿Cuándo empezó el motín? —le preguntamos.

—No hubo motín. Yo no sé cómo calificar lo ocurrido este primero de año. Fue la pesadilla más terrible que he vivido y viviré.

Y con precisión de detalles el atribulado militar fue narrando lo vivido por él desde las seis y media de la mañana de ese primero de año, deteniéndose de vez en cuando en palabras como éstas:

—Yo he servido a numerosos gobiernos sin importarme quién los presidió; siempre he cumplido con mi deber y cumplido órdenes como militar de carrera que soy; me debo a mi propio esfuerzo.

Los primeros disturbios

A las seis y media de la mañana del 1.º de enero, las laderas del Castillo del Príncipe, principalmente las que dan por la calle de Zapata, comenzaron a temblar de un hormigueo humano gigante. Voces y amenazas, gritos y piedras. Silbidos y nuevos gritos de "¡Abajo el tirano, libertad para los presos!" A esa hora se dio el primer SOS a Columbia. A las diez llegó del Tribunal de Urgencia la orden de libertad a los presos políticos. A las once menos cuarto comenzaron las conversaciones entre abogados y representantes de los presos políticos y las autoridades del Penal para que se les concediese la libertad total. El director Pérez Clausell sólo accedía a que fueran libertados los cuatrocientos setenta preventivos. Los abogados insistían en que fueran todos. Los muchachos del 26 de Julio, encabezados por Sergio Mascaró y Juan Lázaro Rivero se introducían en el Casti-

mento de Vivac y Archivo, ordenaba a otro vigilante: "Trimiño, abre esa reja, apúrate." Y también a cabillazos fueron cayendo, una tras otra, primero las cerraduras de las rejas que dan a la oficina general de guardia; después, las del salón de visitas, etc. Los presos se unieron a las milicias y al público en general que llegaban de las calles armados con pistolas, revólveres, cabillas y toda clase de instrumentos y las armas que les quitaban a los custodios que hallaban a su paso.

Cuenta González García que muchos se pusieron a discutir sobre la consecuencia de otorgar los beneficios de libertad a todos los que guardaban prisión por distintas causas en el Castillo.

El empuje de los más venció a juzgar por las rejas que se abrieron.

El pabellón número 20

Los presos políticos considerados "peligrosos"—más de doscientos—ocupaban tres galerías conocidas por "Pabellón 20", situadas al fondo del patio principal del Príncipe, fueron los últimos en enterarse de lo que ocurría en el Penal.

En esos momentos estaban preparando un succulento fricasé de pollo por el año nuevo, guiados por la experiencia culinaria de los presos comunes Reynerio Martínez González y Migdonio Moré Gómez, convertidos en los cocineros oficiales de ellos.

El pasillo que da al patio central del Penal impedía a estos reclusos, ocupados en su tarea doméstica, oír el griterío de la muchedumbre y de los primeros libertos. Migdonio, al salir a buscar agua,



"Como militar siempre he cumplido las órdenes que me dieron y con el Reglamento"—explica Pérez Clausell a Paquita Cao.

nerio, quédense, no huyan con los demás, cuiden nuestras cosas, que les prometemos solemnemente que los vendremos a libertar." Por eso quedamos aquí.

—¿Y cuáles son esas cosas?

—Esas —dice Reynerio, señalando para lo que había en la celda revuelta. Nada estaba en su lugar, ni siquiera los camastros tipo literas, donde dormían los presos. Aquello era un montón de papeles, retratos de Martí, libros de sonetos, latas vacías, zapatos viejos, platos, cucharas, jarros, cartas familiares y gran número de carretes de toda clase de hilos, etc.

Frente a una mampara de cal, que separa los servicios sanitarios,

en una improvisada cocina, dos calderos llenaban de humo el pabellón 20. Y de olor, puesto que lo que cocinaban Reynerio y Migdonio se desprendía un delicioso aroma de "gran cocina".

—¿Esta comida la facilitó el Penal?

—¡Qué va! —dijeron al unísono los dos reclusos— los presos políticos recibían cientos de regalos diariamente, y con mayor regularidad en los días de Pascuas: pollos gordos, dulces, vinos, etc. Ellos eran, pues, los que mejor comían en el Reclusorio.

—¿Y ustedes?

—¿Nosotros? Como éramos sus

Dramáticas escenas se produjeron luego en la falda del Castillo del Príncipe. Ahí vemos a un grupo de presos libertados acorralando a un "chivato".



El penado común Migdonio Moré señala la reja principal del Pabellón 20, balaceada por el coronel Carratalá la mañana del 3 de agosto.

llo mientras tanto, confundidos entre los comisionados que negociaban la libertad de los presos y del público y se daban a desarmar a los vigías de las puertas.

—A las doce menos cinco de la mañana —manifestó el vigilante número 88, Ricardo González García, vecino de General Lee y Cortina, Víbora— un vigilante presionado por un recluso partía a cabillazos la reja principal del Penal, mientras gritaba a viva voz: ¡Libertad, libertad! A los pocos segundos ya el pasillo que conduce a la salida estaba repleto de presos. En medio del tumulto, un grupo de ellos, situado frente al Departamento de Vivac y Archivo,

se enteró de lo ocurrido y dio la nueva a los cautivos.

Habló Migdonio:

—Fui directamente junto a Amaury Friginal, que tenía más autoridad y le grité a boca de jarro: "¡Se abren las celdas!" y todos los que se encontraban en las celdas —que eran muchos— se olvidaron del fricasé, del arroz y del gran banquete que le preparábamos Reynerio y yo, y hasta de la palomita que con tanto esmero cuidaba el recluso Gustavo Boudet.

Agregó Migdonio:

—En medio de aquel alboroto, un grupo de ellos nos rodearon y nos suplicaron: "Migdonio y Rey-



Los presos se despojaban de sus uniformes de presos y con ellos hacían grandes hogueras. Muchos salieron sin camisa...

cocineros comíamos como los mismísimos príncipes.

—¿En qué ocupaban su tiempo los presos?

El vigilante Ricardo González, que hizo de nuestro cicerone oficial habló largo de los presos políticos, calificándolos de "distinguidos, buena gente, de gran porvenir..." Aseguró que cuando no hablaban de sus asuntos aprendían a tejer como lo estaban haciendo los presos comunes. Al decir de RG, en el Príncipe hay una vasta industria manual de tejido, cuyo producto elaborado va a parar a las tiendas capitalinas. Y la prueba de que en ese pabellón se tejía duro la hallamos en las numerosas capas y estolas de mujer regadas por el suelo.

La reja balaceada

En la gran reja de entrada al pabellón 20 se ven las señales de un balaceo. Numerosos agujeros incrustados al hierro hablan gráficamente de la furia del coronel Carratalá contra los muchachos del 26 de Julio. Reynerio y Migdonio nos explicaron cómo en la mañana del último 3 de agosto, tras del ingreso de un fuerte grupo de penados que llegaron de Urgencia por conspirar contra el gobierno de Batista, el impetuoso militar dio escape a sus contenidos impulsos homicidas vaciando su ametralladora en dirección a los jóvenes que quedaban gritando tras las rejas: ¡Viva Cuba libre! Muchos de ellos fueron torturados con anterioridad por el sanguinario capitán Ventura, y Carratalá dijo que merecían el exterminio y no la sanción impuesta por el Tribunal de Urgencia.

La fuga y el saqueo

Llegamos al Príncipe en el preciso momento en que se producía el escape en masa de los presos. La hora nona se produjo rayando el mediodía. Más de un centenar de mujeres corrían al lado de sus presos, más temerosas y apresuradas que ellos en abandonar rápidamente aquellas interminables escaleras que conducen al cautiverio.

A simple vista se notaba en el ambiente dos actitudes diferentes en aquella multitud sin freno: temor y alegría. Las exclamaciones incoherentes de los más se oían como un raro himno de libertad.

Contemplando el cuadro se nos antojaba que estábamos frente a un escenario de figuras extrañas, movidas a impulsos de una sinfonía de acordes falsos. Era un canto a la libertad sin fuerza real.

En este teatro, los héroes marchaban erguidos con las cabezas en alto, las manos limpias y un grito ancho saliéndoles de los pechos: ¡Viva Cuba! El resto de la compañía no iba tan erecto, ni tan vacío de manos, ni tan desnudos de cuerpo. La voz de este grupo llevaba otro grito: ¡Viva la revolución!

Todos llevaban armas, hasta las mujeres. Gran número del último grupo pugnaban por sacarse las camisas de los uniformes del Penal —los pantalones los habían sustituido antes por los que le facilitaron sus madres, hermanas o familiares que los fueron a sacar—. Muchos llevaban sus pertenencias personales de la celda y otros las pertenencias del penal, pues para no faltar a la costumbre, festejaban su reciente libertad con el producto del último hurto. Así, se veían brillar compitiendo con los rayos del sol del mediodía, los teclados de las máquinas de escribir,



Grupo de presos políticos camino de la libertad. Había concluido una larga pesadilla; real y simbólicamente, los muros de la dictadura se habían derrumbado.

ASI HUYERON LOS PRESOS... (Continuación)

utensilios de cocina, víveres de la despensa del Penal y todo lo que encontraban a su paso.

Algunos de los más atrevidos, después de asegurar la primera carga volvían por más "prenda".

Es fácil comprender que a este grupo pertenecían los clasificados en el Penal como comunes. Los clasificados por Urgencia como conspiradores seguían vistiendo orgullosos el traje de penados y marchaban por las escaleras de piedra del Castillo del Príncipe con paso lento, como si sigieran el compás de las notas del "Himno Invasor". Sonriéndose, empuñaban los rifles. Iban custodiados por jóvenes con brazaletes del 26 de Julio, capitaneados por Sergio Mascaró y Juan Lázaro Rivero Peláez.

La reportera entrevistó a ambos jóvenes cuando éstos descendían la loma. Mascaró iba armado con un rifle y abundante parque. Dijo que estuvo complicado en la conspiración de oficiales del Ejército del 4 de abril. Por aquel intento fue encarcelado en el Príncipe como el penado número 4341, quedando en libertad el 17 de octubre de 1958. Aseguró que le había prometido a sus compañeros de celda ayudarlos a recuperar su libertad y fue a cumplir su promesa.

Quedan cinco reclusos

A las tres de la tarde la prisión del Príncipe lucía desolada. La mayor parte de su guarnición brillaba por su ausencia, había huido al igual que los presos. Sólo quedaban, conversando con los vecinos de la casa Príncipe número 1, ubicada a la entrada del Castillo, los custodios Germán Roncales (vigilante número 69), José Pérez García, Juan Antonio Peláez (número 29), Lázaro Cruz (número 19) y el número 88 Ricardo González García; cabo Emiliano Valladares, cabo Pedro Alvarez, cabo Ríos; vigilante Dionisio Capote Rodríguez y Bernardino Ramos.

Y dentro del Penal los presos comunes: Migdonio Moré Gómez (delito: robo; sanción: cuatro años; cumplió dos años); Reynerio Martínez González (delito: amenazas; sanción: siete años; cumplió ocho

meses); Hermenegildo Alarcón (delito: falsificación; sanción: seis años; cumplió dos años y dos meses); Julio Gómez Martínez (delito: homicidio; sanción: catorce años; indulto: siete años. Le quedan por cumplir: dos años y tres meses); y otro penado, cuyas generales se negó a revelar.

Las veinte galerías del Castillo lucían sus puertas al viento y las camillas del pabellón de infecciosos mostraban sus camas vacías.

Al pasar por la celda número 20 observamos un papel blanco que contenía lo siguiente, escrito a lápiz:

"Lo que se habla aquí. Lo que se oye aquí. Lo que se ve aquí cuando se sale de aquí se queda aquí. Así hacemos Patria."

Por los pasillos y patios laterales todavía se veían vestigios de las primeras hogueras hechas por los presos para quemar sus vestimentas de presidiarios.

Ante aquel silencio se nos ocurrió pensar en el hombre que mandaba en aquel lugar. Preguntamos a los pocos centinelas que conversaban con los vecinos de Príncipe número 1:

—¿Por dónde anda el teniente coronel Pérez Clausell?

—Encerrado en su despacho, dispuesto a morir —nos contestaron convencidos.

—¿Cómo morir, y por qué?

—Dice que no ha podido evitar la fuga de los presos. Se considera un fracasado como militar.

El Director de la Cárcel de La Habana estaba en su despacho cuando lo fuimos a visitar. Nadie lo acompañaba. Un sudor copioso mojaba el frente de su amarilla chaqueta, con tanta fuerza, que empapaba sus robustas manos de sólo rozarlas por ella. Lucía caído, vencido por el peso de un gran pesar.

—Aquí estoy —nos dijo— todavía esperando el refuerzo que pedí reiteradas veces del Estado Mayor de Columbia. Sólo me acompaña este reglamento —señalando un libro azul que descansaba sobre el despacho— y este revólver...

El viejo militar no se cansaba de repetir que él no había ordenado disparar a su tropa; que prefirió ver abiertas las celdas y dejar escapar a los reclusos que contemplar la sangre de jóvenes derramada "puesto que yo soy padre y no quisiera que nadie lo hiciera con mis hijos".

Y hablando consigo mismo, el director Clausell fue enumerando sus pasadas glorias:

—Durante treinta y dos años fui fiel a todos los gobiernos que serví. Me alisté y me hice, por este orden: cabo, cadete, oficial de la Academia, bachiller, procurador y abogado. Fui coronel auditor en Güines y en San José de las Lajas y sólo llevo cinco meses de director del Príncipe. Nunca he tenido escolta y desde que dirijo este reclusorio suelo salir acompañado solamente, de mi chofer, el vigilante Dionisio Capote Rodríguez.

Por sugerencia de Tacoronte y de los vigilantes mencionados, el teniente coronel Pérez Clausell accedió a abandonar el Castillo del Príncipe acompañado de civiles en los precisos momentos en que hacía comparecencia en el despacho una tropa de soldados precedente del Estado Mayor del Ejército. Entonces, el Director decidió que darse.

(Continúa en la Pág. 162)